

EL PORVENIR DEL OBRERO

La Paz Social

Desde que los obreros se van haciendo fuertes, desde que demuestran no querer continuar aguantando resignados el hambre y la fatiga excesiva y la ineducación y el irritante desprecio de los poderosos, desde que sus justificadas protestas han venido á constituir una amenaza para la explotación inicua y para los injustos privilegios, he aquí que una multitud de *excelentes personas*, que nunca se habían preocupado por el malestar de los trabajadores, que habían permanecido indiferentes ante los horrores de la miseria, ahora les dá por enternecerse y por ejercer de filántropos predicando la paz y el orden social.

Pero no quieren la paz y el orden dentro de la justicia, no claman por el remedio á los males que los trabajadores sufren; solo quieren que éstos callen, que renuncien á sus naturales derechos, que dejen disfrutar tranquilamente á los detentadores del patrimonio universal. Pretenden que los expoliados callen, para que los expoliadores vivan más á gusto. Les molesta el ruido de los que reclaman el derecho á la vida y al bienestar, pero no tienen una palabra de reproche para los que se niegan á reconocer éstos sagrados derechos y con su obstinación causan la desgracia de la mayoría de la especie humana.

Ciertamente es un mal muy grande la guerra de clases; pero el mal está precisamente en que esa guerra sea necesaria, desde el momento que, contra toda justicia, existen diferentes clases de hombres, los unos en posesión de todos los privilegios, los otros víctimas de todas las miserias. El ideal revolucionario es el reinado de la paz social como consecuencia de la desaparición de las diferencias injustas, odiosas, generadoras de todas las desdichas. Lamentar el efecto, que es la lucha de clases, y no procurar destruir la causa, que es la injusticia reinante, es demostrar mucha falta de lógica, ó mucha soberbia de mala intención.

Actualmente al trabajador no se le concede más derecho que el de resignarse, contentándose con lo que le quieran dar: trabajo, cuando conviene á los intereses del industrial ó del propietario; y cuando el trabajo falta tiene el derecho de morir de hambre ó de pedir limosna. Tiene derecho á esperar, y cuando más á pedir, y este derecho no corresponde á un deber de los privilegiados: éstos no vienen obligados á dar. De donde se deduce que el derecho de los trabajadores carece prácticamente de toda eficacia; más que un derecho parece una sangrienta burla.

Es muy hermoso abundar en riquezas, que dan poder y consideración, gozar de la

vida en grande, y, por añadidura, conquistarse renombre de caritativo por repartir una peseta en calderilla entre los mendigos de oficio. Ya tenemos resuelta la cuestión social.

Pero como para recibir una limosna no basta ser pobre, sino que también es preciso haber perdido la dignidad, resulta que los obreros no quieren conformarse con ese derecho teórico; ni aun cuando se conformaran les sacaría de apuros, porque la predicación de la caridad es muy ruidosa, pero su realización es modestísima, y los más ardientes predicadores suelen quedarse á menos de la mitad del camino cuando se trata de pasar de los dichos á los hechos. Y aquí no caben errores de apreciación, puesto que ocurre á la vista de todos. Trás tantos siglos de predicación cristiana, ninguno de los grandes males de la humanidad se ha remediado por la caridad de los de arriba, ni por la resignación de los de abajo.

Si la actualmente orgullosa clase media hubiese sido siempre tan partidaria de la paz y del orden como ahora se demuestra, aun se la denominaría *el estado llano* y continuaría sujeta á las vergonzosas vejaciones del feudalismo. No fué resignándose, ni confiando en la generosidad del clero y de la nobleza como se emancipó, sino rebelándose airadamente y mostrándose implacable en la sangrienta revolución con que terminó el siglo diez y ocho. Pero los tiempos han cambiado. Los revolucionarios de entonces son ahora gubernamentales, porque tienen los gobiernos á su servicio; quieren que se respete el orden que han establecido en provecho propio; pretenden que los proletarios, los actuales plebeyos, se resignen á lo que ellos no supieron resignarse. Los hijos de la revolución de ayer condenan hoy los procedimientos revolucionarios.

También los trabajadores conscientes aman el orden; también tienen por ideal la paz; pero comprenden que nada hay tan abominable como la paz sin justicia y el orden sin derechos. Resignarse á vivir en la miseria, extenuados, despreciados, hambrientos, fue a peor que una necesidad, fuera un crimen que cometerían los trabajadores contra sí mismos y contra sus hijos.

La naturaleza es pródiga, la tierra es fértil, la industria humana es bastante para subvenir á las necesidades de todos los hombres. Si alguno se encuentra falto de lo necesario es porque la sociedad está mal organizada, porque es injusta. Mientras esa injusticia subsista, mientras haya quien padezca hambre, quien padezca frío, quien vea morir á sus hijos escrofulosos y anémicos, no puede haber orden, no debe haber paz. Solo pueden hablar de paz social los opresores para engañar y los oprimidos por cobardía.

La paz vendrá luego, cuando todos coman, cuando todos tengan asegurado el derecho á la vida. Entonces todos querrán el orden, que será condición inherente al bienestar general. Entonces los hombres *podrán llamarse hermanos sin ironía* y habrá terminado para siempre la guerra de clases, porque ya no habrá clases, porque reinará la justicia sobre la tierra.

J. MIR Y MIR

El Capital

I

«El capital es el trabajo acumulado», dicen los economistas. Esta definición nada tiene de irracional. Pero añaden á renglón seguido: «Los capitales, hijos del trabajo, se acumulan por el ahorro». Esta segunda parte, comparada con los hechos, no puede ser más bárbara y sangrienta.

Aceptada la definición que con tanto descaro hacen suya la mayoría de los economistas burgueses, vendría á ser el capital un resultado del trabajo productivo, y efectivamente, á mayor cantidad de ahorro, correspondería mayor acumulación de riquezas.

Algunos ejemplos bastarán para dar la razón á los señores economistas, y hacer patente la injusticia de los que negamos la legitimidad de la actual organización capitalista.

J. W. Mackay, el propietario de las minas de plata más ricas que jamás han sido explotadas, posee un capital de 8,000 millones de reales que le reditúan 264 millones al año, ó sean 22 millones al mes, esto es, 700 mil reales al día, que son 42,000 reales por hora, á razón de 700 reales por minuto. Según las definiciones de los economistas, Mackay debe ser algún anciano de inteligencia descomunal, que habrá pasado cada hora de su larga existencia produciendo invenciones tan asombrosas y utilidades de tal índole para la sociedad que, á fuerza de *ahorro*, habrá llegado á capitalizar cantidades considerables.

Desgraciadamente, Mackay no es ningún personaje mitológico. En los Estados Unidos, su país natal y teatro de sus proezas, todo el mundo conoce su historia. No es ningún anciano, pues solo tiene unos cincuenta años, á los 25 era un mísero dependiente de comercio, y á los 30 estaba completamente arruinado.

El que si era un anciano, y fué un inventor notabilísimo, es Thimonier, modesto sastre de Saint-Etienne, quien inventó las máquinas de coser, cuya fabricación constituye hoy una de las industrias más lucrativas. Pero éste, en vez de tener 700 reales de renta por minuto, murió pobre y desgraciado en Amplepuis, á la edad de 64 años, después de una vida de trabajo, de luchas y de privaciones.

Rothschild tiene más de 4,000 millones de reales; el senador Jones, 3,000 millones; el duque de Westminster, cerca de 2,000 millones; el emperador de Rusia dispone de una renta de 500,000 reales diarios, lo cual no le impide cobrar un sueldo crecidísimo de la lista civil por el ímprobo trabajo de ser dueño y señor de las vidas, haciendas y conciencias de sus ochenta millones de súbditos; Vanderbilt, el patriarca de la Bolsa

norte-americana, ha muerto dejando una fortuna casi igual á la de Mackay, ofreciendo la particularidad de haber sido acumulada casi toda en el corto período de treinta años.

Tratándose de riquezas rápidamente amontonadas, la nación que se lleva la palma es, sin duda alguna, la libre federación norteamericana. Antes de la guerra esclavista eran pocos los ciudadanos cuya fortuna pasara de 60 millones de reales. Pero la situación ha mejorado de tal modo desde que se abolió la esclavitud, que pasan ya de ochenta los afortunados yankees cuyo capital varía de 100 á 2,000 millones. Es verdad que para hallar tales ahorros no necesitábamos salir de la región española, ni mucho menos del antiguo continente, y si nos hemos fijado en los Estados Unidos ha sido por haber coincidido allí el aumento de desequilibrio social con un hecho tan progresivo y justo como la abolición de la esclavitud de los negros que, según vamos viendo, ha sido reemplazada por la esclavitud económica de blancos, rojos, negros y amarillos.

Las masas productoras de estas cuatro razas, libres en apariencia, se disputan á puñetazos los mendrugos sobrantes de los banquetes que ellos mismos preparan á sus señores.

De lo que antecede fácil es deducir que el ahorro de que nos hablan los economistas no es otro que el que define admirablemente Malon cuando le llama *el ahorro de los productos del trabajo ajeno*.

Y es que en la actual sociedad, las nueve décimas partes del capital no son más que trabajo robado. Oigamos á Karl Marx: «El que aspira á ser capitalista se presenta en el mercado provisto de dinero. Empieza por comprar las máquinas, las herramientas, las primeras materias, y para utilizar todo esto, la fuerza de trabajo del obrero, única fuente de todo valor. Por medio de las máquinas, le hace transformar las primeras materias en productos fabricados, que vende luego mucho más caro de lo que le ha costado su fabricación, obteniendo así un aumento de valor (*mehrwert*). El dinero momentáneamente transformado en salarios y mercancías, vuelve á aparecer bajo su forma primitiva, pero más ó menos crecido, y creando prole: desde aquel momento ya ha nacido el capital.»

Algunos economistas, más sensibles á los latigazos de la lógica y de la razón, admiten que los grandes capitales son debidos á la explotación del trabajo ajeno, sosteniendo empero que los capitales primitivos proceden del ahorro personal. Los que tal afirman, ó discuten de mala fe, ó desconocen por completo las enseñanzas de la Historia. Los trabajadores fueron primero esclavos, luego siervos: en ambos casos, el producto de su trabajo pasaba á manos de sus señores. Si algún hombre libre cometía el desacuerdo de trabajar y de ahorrar el fruto de sus penas, el bandolerismo militar, autoritario y feudo-clerical, se encargaba pronto de demostrarle su error.

Terminaremos por hoy, dejando por sentado que los capitales fueron antiguamente fruto de la violencia, del robo y del asesinato; y que en la actualidad son resultados de la explotación del hombre, sostenida y legalizada por todos los poderes.

TARRIDA DEL MÁRMOL

De «Acracia».—Barcelona, 1886.

La visión del porvenir

Y el buen ciego, tembloroso, habló á la asamblea de este modo:

«Perdí la facultad de contemplar el mundo: perdilo todo al perder este precioso órgano sin el cual la actividad física útil, el trabajo, es punto menos que imposible. Mi pobre ciencia, adquirida á fuerza de sacrificios, de nada me sirve; de nada me sirve mi pobre práctica aprendida en los azares de una vida estrecha y afanosa. Vivo en la soledad de las tinieblas, orientándome entre

las gentes por el tacto vacilante de mis manos. Estoy solo conmigo mismo, sin luz, sin esperanza.

Pero allá en el fondo de mi ser, en las horas de mi callada soledad, brota dentro, muy dentro, una claridad vivísima; brilla una estrella radiante, fulgura algo indefinido que me ilumina de modo que vosotros no podéis comprender, con una luz singular que no es la onda de éter que vibra con el ritmo del rojo ó con el ritmo del azul. Allá muy dentro de mi organismo surge la visión seductora del mañana, en la que gozo y me baño á mis anchas y de la que no hubo reminiscencia alguna en los dichosos tiempos en que mis ojos veían, escudriñaban el horizonte, como ahora escudriñáis vosotros el porvenir en que soñáis despiertos. Y en esta visión interna ya no veo al haraposo viejo tirando fatigosamente de la carreta que se atasca en el fango de la gran ciudad; ya no veo al mozo tísico que alarga la mano al transeunte que trota jadeante por la avenida en busca del diario mendrugo; ya no veo á la encorvada anciana que rueda bajo las patas del bruto que arrastra el coche del gran señor, como el viejo impotente tiraba del carrerillo desvencijado por los tambaleos de la miseria; ya no veo á la jovencuela semihambrienta ó hambrienta del todo brindar sus carnes á la saciedad del macho degradado; ya no veo los sexos invertidos puercamente, canallesamente; ya no veo las sedas en que se envuelve la liviandad ni los andrajos en que se arrebujá la inocencia; ya no veo el hartazgo de los holgazanes y la fámélica desnudez de los laboriosos; ya no veo á los hombres con disfraces de dioses ó de servidores de dioses, con disfraces de muerte ó de instrumentos de la muerte; ya no veo el vil mercado donde se cotizan lo mismo las virtudes que los vicios, lo mismo las cosas que las personas; ya no veo el mal, la injusticia, el dolor, ese inmenso dolor que la humanidad arrastra consigo á través de los siglos, llenando el mundo de desdichas, de implacables desdichas.

Ya no veo nada de aquello que antes de mi fatal ceguera pasaba muchas veces al lado de mi indiferencia ó al lado de mi ira.

Ahora todo es plácido. De las tinieblas del exterior ha brotado la luz interna, la luz de las luces. La tierra es inmenso hormiguero de hombres laboriosos: se trabaja con placer, se goza con exquisita ternura; se investiga, se estudia, se embellece el mundo con la maravillosa espontaneidad de la felicidad lograda.

¿Llanto, pesares, desgarraduras del alma? Pena del amante que pierde al ser amado; llanto que riega la tumba del padre, del hijo, de la esposa; desgarraduras del corazón lacerado por el dolor agudo de una desgracia grande ¿quién borrará vuestras huellas? El amor común de los humanos, el cariño mimoso del amigo leal, del compañero asiduo, allí están para asistir al que llora, al que sucumbe al dolor de los dolores. ¡La soledad espantosa del lecho de muerte miserable, súpico, infecto, es horrible! ¡Horrible la angustia del dolor en el bárbaro circo de la egoísta indiferencia del prójimo! ¡Horrible el cruel zarpazo de la bestia que se yergue brutalmente en el momento supremo del llanto, del dolor, de la amargura sin nombre que atosiga al enfermo, al desvalido, al desamparado!

Ya no, ya no existe nada de este inicuo espectáculo de la atrofia humana.

Ahora todo es plácido. No se rastrea la felicidad entre el lodazal de todos los rebajamientos; no se acecha la riqueza tras los matorrales de la infamia; no se afianza la seguridad propia en el goce cruel del mal ajeno; no se mata, no se roba, no se chupa la sangre del hombre para que viva el hombre. Al conjuro de una hermosa igualdad que tiene pan para todos, luz para todos, goces para todos, los hombres se ayudan, se aman. Al conjuro de una libertad sin tasa que para todos tiene ancho campo de acción, la bondad florece como en perfumado jar-

dín. Al conjuro de la suprema justicia que proclama al hombre igual al hombre, se concierta la felicidad humana por el esfuerzo generoso y espontáneo de cada uno, y el trabajo tórnase gran fiesta de amor, de belleza, de ciencia. ¡Alborozo sin límites, regocijo inexpresable, placer de dioses! A trabajar, hijos felices de la felicidad lograda.»

Y el buen ciego agitando convulso los brazos en el espacio, gritó:

«Amigos míos: cerrad los ojos y que esta mi luz interna os ilumine, que esta mi luz interna sea como el faro de vuestras acciones.»

»Y si alguno os dijere que el mundo siempre será la obra del mal, por el mal y para el mal, cazadlo como á una fiera ó arrancadle los ojos, que tal vez en la soledad de sus tinieblas brille también para él esta mágica y dichosa visión del porvenir.»

RAUL

Disquisiciones

¡Desarmar los ejércitos! ¡Suprimir la guerra! Tal nos dicen modernos benefactores que dedican sus energías y sus ardimientos al triunfo de la Paz y que inician y organizan conferencias internacionales y proponen acuerdos conciliadores ó tribunales de arbitraje para dar por terminadas las sangrientas luchas que han azotado á la humanidad y han derrochado miles de millones de brazos y enormes sumas de dinero.

El propósito, si con sinceridad se alienta y se defiende, es loable, pero inútil.

Claro es que debiéramos llevar una vida tranquila, laboriosa, fecunda; una vida por entero dedicada á arraigar, á consolidar la Paz y la Felicidad sobre la tierra; y no destrozarnos y matarnos inútilmente al servicio de designios que á las veces quedan ignorados, derramando raudales inmensos de sangre y perdiendo energías necesarias á la obra eterna del progreso en contiendas benéficas solo á los intereses de nuestros verdugos y de nuestros explotadores; pero no es menos verdad que no pueden desaparecer los efectos, mientras no sea destruida la causa.

Pretender que por un acuerdo libremente suscripto se comprometan los gobiernos á no provocar ninguna clase de conflictos, cuando aquéllos subsisten precisamente para el amparo y protección de intereses antagónicos, inarmonizables, que perpetuamente querrán destruirse, es un solemne disparate, tanto mayor y menos disculpable, si tenemos en cuenta que los gobernantes no temen hoy tanto á las consecuencias de la ambición y la competencia de los capitalistas, como á las que produce la lucha entablada entre el Capital y el Trabajo, entre los oprimidos y los opresores, entre los dichosos de la clase parasitaria y los infelices del montón anónimo y productor. No es á los aguerridos ejércitos nacionales, ni á los poderosos medios de destrucción á lo que en la actualidad temen los gobiernos, sino á esas muchedumbres desarrapadas, hambrientas, miserables; á esas anónimas multitudes de estómagos famélicos, de vientres vacíos, pero de cerebros plétóricos de grandes y humanos ideales de reivindicación social; á esas masas proletarias que claman justicia, que piden pan; á todo ese pueblo, en fin, capaz por sí solo, sin armamentos ni disciplina, sin organización ni planes, con su propio y exclusivo esfuerzo, de realizar la revolución más grande, más libertadora y justiciera: la revolución social.

Aún suponiendo que los intereses de la burguesía no provocasen de continuo la lucha entre naciones y pueblos, y que la propiedad privada no fuese la única causa generadora de las desigualdades y antagonismos de este mundo, tendríamos un gran obstáculo aún que vencer, un obstáculo verdaderamente insuperable: la conveniencia de los mismos gobiernos que se negarían siempre á aceptar el desarme, porque la paz

les perjudica. Si el orden y la paz reinasen hasta el punto de hacer innecesarios los ejércitos, el principio de autoridad desaparecería y con él todas esas instituciones que forman la complicada máquina del poder. Si los hombres, á quienes la ambición domina hoy, no tuviesen mañana necesidad ni deseos de combatir con otros hombres también ambiciosos para arrebatárselos algo ó para defender «lo suyo», no tendrían razón de ser los gobiernos. Y á estos no les puede, de ningún modo, convenir la desaparición, ni demostrar su inutilidad.

Aunque loables, si son sentidos y propagados con sinceridad, son materialmente imposibles de realizar los propósitos de quienes aspiran al establecimiento de un arbitraje internacional y al desarme de los ejércitos.

A más de esa imposibilidad innegable, tengan en cuenta los defensores del desarme y de la paz, que la desaparición de los ejércitos implicaría el triunfo de la revolución.

¿Podremos alentar la esperanza en la terminación de las guerras? ¿Podremos esperar que una Sociedad más justa y más libre substituya á la presente sociedad inícuca? Si. Legiones innúmeras de rebeldes luchan sin tregua ni descanso por que esas risueñas esperanzas se conviertan en realidades hermosas; las muchedumbres súcías, haraposas y famélicas; esas muchedumbres de mendigos, de explotados y de siervos, que tanto temen los gobiernos; esas muchedumbres proletarias que mueren asesinadas en medio de la calle, en el patíbulo ó en las modernas ergástulas por la defensa de sus ideales; esas muchedumbres productoras objeto hoy de escarnio y de burla, se alzarán un día en potente revolución que destruya las causas del dolor universal, los gérmenes de la presente inseguridad, los orígenes del antagonismo, la propiedad privada, en una palabra, para construir la deseada Sociedad del porvenir.

J. CABRERA DÍAZ

Tenerife.

Crónica barcelonesa

Dos mitins obreros se han celebrado últimamente: el uno, organizado por las sociedades metalúrgicas, y el otro, por las del ramo de labrar madera. En ambos la concurrencia no fué numerosa, pero no por eso desmayan sus organizadores; puesto que están decididos á cooperar al propósito de levantar el espíritu de asociación hoy bastante decaído.

En efecto; la «Unión local de sociedades obreras» vá á hacer un llamamiento á los trabajadores convocándoles á un mitin magno, que se celebrará probablemente en el gran teatro Onofri.

Veremos si la abnegación de esos obreros volverá á quedar anulada por la aplastante pata de elefante autoritaria, hoy potente por la dejadez de la masa trabajadora, víctima del narcótico político, al par que de la explotación capitalista.

Esa pata de elefante, quedaría en estado de *parálisis*, si los explotados hicieran fuertes las corporaciones obreras con su concurso, único modo de tener á raya á los *ejecutores* de la ley que, viendo sin grandes fuerzas á los organismos obreros, se atreven á los más inícuos é ilegales actos, como hace impunemente el hombre nefasto que desde el inmundo caserón del paseo de la Aduana hace mangas y capirotos de los tan cacareados derechos individuales.

**

Pero ese estado anémico de las sociedades de resistencia al capital solo se robustecerá convenientemente cuando el obrero rechace los engañosos espejismos *lerrouxistas* que hoy lo tienen boquiabierto como un idiota.

Efectivamente, no pudiendo convertir en centros de acción electoral á las sociedades obreras, *Lerroux* fundó la mar de «*Fraternidades republicanas*», desde donde, haciéndose un lío en conceptos contradictorios

muy apropiado para embaucar á los incautos, logró establecer, frente á las organizaciones de lucha económica, otras de lucha política electoral.

Y como está comprobado que la mayoría de socios obreros que ingresaron en esas *Fraternidades* dejaron de frecuentar los sociedades de sus respectivos oficios, dándose de baja voluntariamente de ellas, hé aqui el porqué *Lerroux* ha sido un funesto estorbo á la marcha emancipadora de los trabajadores como también á su cultura, puesto que, siendo algunas sociedades obreras verdaderos centros donde se cultiva la inteligencia fomentando bibliotecas y escuelas libres, y dando conferencias sobre sociología, ciencia y arte, al salirse de ellas muchos trabajadores para engrosar los *casinos lerrouxistas* y centros electorales, dejaron de beber en esas fuentes de cultura para solo aprender á gritar: viva *Fulano!*... viva *Mengano!*... y perder miserablemente el tiempo jugando al dominó y al tute y sobre todo al *burro*.

Pero empiezan ya á llamarse á engaño muchos que tenían fé ciega en sus diputados, escamados al ver que el «pavo republicano» prometido todos los años antes de Navidad nunca llega, y decepcionados también ante el espectáculo que dan sus representantes en el municipio con sus inconsecuencias y apostasías, emporcándose cada vez más en pasteos y chanchullos.

Bien empleado les está á los bobos electores.

**

Sabido es que los republicanos son mayoría en el Ayuntamiento; sabido también su *anticlericalismo* tantas veces manifestado en los mitins y llamamientos electorales; pues bien, en sesión extraordinaria convocada para tratar de la subvención á la procesión del Corpus dejaron de asistir más de la mitad de ellos, quien sabe si por no condenarse al tener que emitir su voto en contra de la clerigalla.

Y ¡claro! al faltar ellos, faltaron también sus votos en tan trascendental votación, quedando vencedores los del «Comité de Defensa... clerical».

Caliente aun el ruidoso chanchullo de las *cinco mil pesetas* en el que aparecieron envueltos un edil de la clase de *obreros sin trampa*, un diputado por Barcelona y la *querida* de este ¡surge la *célebre* votación subvencionando la procesión del Corpus con 10,000 pesetas!

¡Valiente marea la que se armó entre los republicanos! Algunos proponían arrojar á puntapiés de la *casa grande* á sus *dignos* representantes, y no faltó *anticlerical*, de esos que hacen bautizar á sus hijos, que pretendía obligarles á comerse un par de frailes crudos.

Pero, ¡llegó la tabla de salvación! Alguien indicó que hay un artículo en el reglamento municipal que dice que los acuerdos tomados en sesión extraordinaria para ser válidos, han de ser ratificados en la ordinaria siguiente; y en esa segunda sesión, puestos en un aprieto y no pudiendo reincidir en su falta de asistencia, quedó derogado el acuerdo anterior.

¡Oh providencial artículo del reglamento! tu salvaste la dignidad de los republicanos... concejalescos.

Aunque moralmente, ¡buena ha quedado la tal *dignidad!*

J. MONTEGUALDO

Barcelona.

Desde el diluvio acá esos asoladores de provincias llamados conquistadores, impulsados por la ambición del mando, han exterminado infinidad de inocentes... Burlándose sin freno ni medida de la vida de los hombres, han llegado á hacerlos que se maten entre sí sin odio. El colmo de la gloria y el más bello de los actos ha consistido en matarse unos á otros.

BOSSUET

Seamos hombres

Nos dejamos engañar en todo.

Apenas podemos comer, apenas podemos reposar de las fatigas del trabajo hecho en malas condiciones; no podemos de ninguna manera instruirnos, ni recrearnos en las bellezas del arte y de la naturaleza, porque no nos dejan tiempo.

Y, además de todo, como si fuera poco, todavía nos dejamos arrastrar á los vicios, que la sociedad actual, burguesa en su raíz y en todas sus manifestaciones, nos ofrece para perjudicarnos.

Ya lo véis, compañeros, todo lo que pueda ser bueno para nosotros: la instrucción, la disminución de horas, el aumento de los salarios, nuestra prensa, nuestras sociedades, todo lo que puede favorecernos, encuentra en los burgueses y en sus lacayos contituidos en autoridad, obstáculos casi infranqueables.

En cambio, lo que puede hacernos daño: las tabernas, los bailoteos y las casas de prostitución, no solamente se *toleran*, sino que hallan toda clase de facilidades.

Los mismos policías que nos atropellan en las huelgas, los encontramos en la taberna y en las casas de prostitución, muy amigos de la alcahueta y del tabernero y *protegiendo nuestro derecho* al vicio.

Es el único *derecho* que nos *protegen*.

Esto debería bastar para abrirnos los ojos y hacernos comprender que cuando nos dejamos arrastrar al vicio, cuando nos dejamos embrutecer, hacemos una mala obra para nosotros y favorecemos á nuestros enemigos.

Un obrero que vaya borracho por las calles, sirve de diversión á los señores, les hace reír, les pone muy contentos, porque comprenden que el obrero borracho, el obrero vicioso, el que no procura conservar su dignidad ni su higiene, es incapaz de reclamar sus derechos, es inútil para la lucha social.

Con obreros pervertidos, los burgueses tienen asegurada su explotación, su dominio; nada tienen que temer. Pueden despreciarnos, y nos desprecian efectivamente.

Antes que todo están nuestra salud y nuestra dignidad. Huyamos de los vicios que nos enferman y nos envilecen.

No nos dejemos arrastrar. No nos dejemos engañar. Seamos hombres.

Miniatura

Al ver á un albañil junto á la acera comiendo con deleite

tomates aliñados con aceite

para postre de escuálida puchera,

todo burgués de *ardiente fantasía*

jura que cambiaría

un cubierto de á duro,

preparado por hábil cocinero,

por aquellos manjares, que al obrero

le están sabiendo á gloria, de seguro.

Pero no entra en las mientes del poeta

que si el otro infeliz come con gana

es porque se ha pasado la mañana

con el cubo, la llana ó la piqueta...

¡Y eso, que es lo que aviva el apetito,

ya no es tan agradable y tan bonito!

SINESIO DELGADO

La moral corriente

Otra vez... y ya hemos perdido la cuenta.

Hace pocos días, se encontró en una de las cuestas que conducen á los muelles, envuelto en unos trapos, el cadáver de un niño recién nacido.

Era una carga para el padre, era una vergüenza para la madre, y el niño, inocente, pagó las culpas de todos.

Más vale así. No se escandalicen los timoratos. Más vale así.

Hijo de un padre capaz de abandonar á la mujer seducida, y de una madre tan llena de preocupaciones, mejor es para el niño haber muerto que si hubiese vivido con tal padre y tal madre y hubiese sido educado por ellos.

Pero no son el padre y la madre los únicos culpables. Culpable es toda la sociedad actual, la necedad de todos, la opinión pública preocupada, la moral que estúpidamente acepta la mayoría.

Si esa mujer hubiese tenido más corazón y hubiese conservado y amantado á su hijo, despreciando las necias conversaciones de vecindario, hubiera perdido su honra para siempre. Pero ha ocultado lo que ella misma debe llamar su falta, y si no se descubre su crimen, continuará siendo honrada.

¡Honrada!

Sí, señores moralistas ¡HONRADA! Tendrá vuestra honra, la que tenéis vosotros, la única que podéis tener, la que es hija de vuestra pudibundez, de vuestra refinada hipocresía.

Condenáis el acto más hermoso de la vida y arrojáis al muladar á los recién nacidos, que quizá serían hombres sanos, hombres inteligentes, hombres útiles, si á su nacimiento no ha precedido la sanción de vuestros sacerdotes y de vuestros magistrados.

El padre de esa criatura que se ha encontrado muerta, es uno de los vuestros; la madre es una víctima de vuestra moral. Vosotros, indecentes moralistas, sois los únicos verdaderos culpables!

Extensión Universitaria

El sábado 28 de Mayo disertó D. J. M. Llanas Aguilaniedo sobre *el alcoholismo*.

Expuso los males que ocasiona el alcohol en el organismo humano, cuando se ingiere una cantidad excesiva de una sola vez, y mayores aun cuando se bebe por costumbre.

El alcohol, tomado, aunque sea en poca cantidad *todos los días*, conduce al *alcoholismo*, que ataca al estómago, al hígado, al corazón, á los riñones y principalmente al cerebro; y sus funestísimos efectos se transmiten por herencia, de modo que los hijos de los alcohólicos sufren toda especie de degeneraciones.

Demostró como en la parte moral el bebedor acaba por ser un desgraciado que pierde la noción de la dignidad y termina en el idiotismo.

El alcoholismo constituye una verdadera plaga social que todos tenemos obligación de combatir, destruyendo los errores populares y explicando las conclusiones científicas que demuestran los inmensos perjuicios que ocasiona ese mortífero veneno. Por esto son de gran utilidad conferencias como la del sábado.

Pero no basta una vez; es preciso insistir siempre, por medio de conferencias, folletos, artículos en los periódicos, conversaciones particulares, etc.

Hay que descubrir el daño que hacen las

bebidas alcohólicas y procurar que caiga sobre los borrachos el mayor desprestigio.

La acción de las autoridades, en esto como en todo lo bueno, no puede tener eficacia. Otra cosa fueran las *Ligas* de iniciativa particular y compuestas de hombres prácticos y convencidos. Si se intentara, desde luego podría contar con nuestro apoyo.

De todos modos, procuraremos continuar la propaganda antialcohólica por todos los medios que estén á nuestro alcance.

Reciba el señor Llanas Aguilaniedo nuestra cordial felicitación.

**

Por haber tenido que adelantar la impresión de este número, no podemos hablar de la conferencia del señor Gavilán sobre el *Agua*. Lo haremos en el número próximo.

Un buen libro

La «Escuela Moderna», de Barcelona, que lleva editadas tan interesantes obras apropiadas para las escuelas libres, acaba de publicar un hermoso libro titulado *La Substancia Universal*, por Albert Bloch y Paraf Javal.

En ese pequeño volumen se halla una precisión científica superior á la de los libros de sabios famosos. La obra se divide en dos partes: en la primera muestran los autores cómo pueden medirse los cuerpos, sus movimientos y el trabajo correspondiente á esos movimientos; cómo puede transmitirse y conservarse el trabajo.

Enseñan que los cuerpos se diferencian entre sí por sus propiedades, y que éstas no son sino formas diferentes de la energía, considerando la energía como un esfuerzo que se manifiesta por un trabajo.

Muestran también que toda manifestación de energía es reversible, pero ni se destruye ni aumenta por sus reversibilidades, evidenciando que, bajo sus múltiples transformaciones, todos los cuerpos tienen una propiedad invariable, la masa.

Demuestran además que los átomos, poseyendo masas diferentes, permiten explicar las diferencias en las propiedades de los cuerpos, y nos hacen concebir cómo se puede pasar de la hipótesis del éter á la de los átomos ponderables.

En la segunda parte los autores demuestran que la substancia es ilimitada, infinita, y que se encuentra en todo lugar. La substancia es indestructible y, por consiguiente, no ha podido tener origen.

Evidencian que la substancia ha podido ser el origen de los mundos, el origen de la tierra, cómo pudo nacer la vida sobre ella cómo pudo desarrollarse, y que los seres vivientes pueden ser considerados como transformadores de energía.

Explican cómo la substancia, en virtud de sus propiedades, ha podido evolucionar hasta el estado en que actualmente constituye el Universo, considerado éste como el conjunto de la substancia.

Si por la exactitud científica y por la hermosa exposición ha de despertar el interés de los naturalistas, al mismo tiempo por su sencillez puede servir de libro de lectura en las escuelas y también proporcionar preciosos conocimientos á los obreros que sean aficionados á las ciencias naturales y que quieran formarse de ellas un claro concepto.

De venta, al precio de *dos pesetas* en la «Escuela Moderna», calle de Bailén, n.º 56.—Barcelona.

Ecos y comentarios

Según leemos en nuestro compañero *Tierra y Libertad* de Madrid, el gobierno ruso ha enviado á diversas cancillerías de Europa un proyecto secreto de convención internacional contra los anarquistas.

Algunas de las naciones consultadas han contestado ya enviando su adhesión á dicho

proyecto y entre ellas se encuentra Suiza, aquella república en la que, según nos cuentan los republicanos de por acá, se vive como en la gloria.

En el texto del protocolo se habla de la expulsión de los anarquistas y del establecimiento de un despacho central de policía para suministrar á los otros despachos toda suerte de informes sobre extranjeros.

Inglaterra y Francia han negado su venia á dicho tratado.

En cuanto á España no se sabe lo que ha contestado, pero por los trabajos que están haciendo la policía judicial de Madrid y la de Barcelona hay que suponer que la contestación ha sido afirmativa.

Ahora, como comentario á esta noticia, puede ir la que leímos hace pocos días de que había explotado una bomba de dinamita al paso del tren que conducía al emperador moscovita, resultando heridos dos personajes de la corte, pero saliendo ileso el tirano.—Otra vez será.

Durante los días 15, 16, 17 y 18 del corriente se ha celebrado en Sevilla el IV Congreso de la Federación Regional de Sociedades Obreras.

Entre los acuerdos que se han tomado los más importantes son: el de formar una Confederación Internacional de trabajadores, abolición absoluta del trabajo á destajo, y el de acudir á la huelga como medio para libertar á los obreros presos por cuestiones sociales.

Como se acordó también imprimir un manifiesto dando cuenta de lo acordado en el Congreso y otro invitando á la Confederación Internacional, esperamos que ambos escritos lleguen á nuestro poder para hablar del asunto con más extensión.

Nuestro compañero José Bergillos, condenado á doce años de presidio por el tribunal militar por la publicación de un artículo que apareció en *El Productor* de Barcelona y que ya había comenzado á extinguir la condena en el penal de Tarragona, ha sido puesto en libertad.

Menos mal; pero conste que Bergillos no mereció ir á presidio.

Los obreros zapateros de la fábrica de los señores Blanco, Olives y compañía reclamaron que se les concediese un real de aumento por par que se les había rebajado anteriormente.

Los fabricantes accedieron para evitar la huelga.

También los operarios de la fábrica de calzado del señor Pons Seguí plantearon una huelga de solidaridad, por causa de haber sido despedido un trabajador sin motivo justificado.

Ante la resuelta actitud de los obreros, el patrono creyó conveniente volver á admitir al despedido.

El Porvenir del Obrero

Suscripción: Trimestre 1 pta.
Paquete de 25 ejempls. 75 cént.
Número suelto 5 »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Castillo, 59.—Mahón (Baleares).

Imprenta de EL PORVENIR DEL OBRERO.